

## DOCTORADO HONORIS CAUSA ANTONIO SOLER

### *LAUDATIO*

Me cabe hoy el honor y el placer de glosar, en esta solemne sesión, los méritos que hacen acreedor del más alto galardón académico al escritor Antonio Soler, derivados de dos valores fundamentales que concurren en su persona. En primer lugar, la excepcional categoría artística de sus creaciones. De otro lado, y asociados a su obra, el universo ficcional malagueño de buena parte de su narrativa y su militancia intelectual, proyectados ambos hacia una dimensión universal.

Antonio Soler Marcos nació el 28 de septiembre de 1956 en un apacible barrio de Málaga habitado por una modesta clase de trabajadores, empleados y pequeños empresarios. Con un núcleo de trazado reticular, salpicado de explanadas y descampados cuya urbanización crecería a la par que el niño Soler, el barrio, hoy muy transformado, se componía mayoritariamente de casas mata de recoletos patios adornados con arriates y macetones de margaritas, rosas, geranios, palmeras, jazmines y damas de noche, que, como el entorno físico y humano, alimentarían sus creaciones.

Lindaba el barrio con el de Gamarra, los arrabales y urbanizaciones incipientes de la Granja Suárez o el Arroyo de los Ángeles, la zona más exclusiva del Camino de Antequera, el reciente barrio obrero de Carranque, y, para acceder al centro de la ciudad, con los seculares barrios de La Trinidad y El Perchel, soldados por la dinámica arteria de la calle Mármoles y con bolsas humanas de escabrosa supervivencia material y moral.

Fueron sus años de infancia una época marcada por vivencias esenciales. De un lado, las del núcleo familiar: Soler Vera, su padre, transportista; su madre, que hubo de cambiar el nombre de Libertad puesto por su padre socialista y declarado ilegal al acabar la guerra, por el de Carmen; su hermano Ramón, diecisiete años mayor, que emprendió una ilusionada vida de artista en el Paralelo barcelonés; su hermana, Mari Carmen, de marcada huella en su vida; y su abuela materna, víctima de la ignominiosa “desbandá” hacia Almería y excelente narradora oral de anécdotas de la guerra y la posguerra.

Junto a las vivencias familiares, el niño Soler absorbía las de la calle: juegos de chavales, fútbol, peleas, “desafíos”; el trato primero con la fronteriza Trinidad; la nociva experiencia en el dickensiano colegio de doña Carmen, con sus absurdas tareas y severos castigos; el despertar adolescente con los amigos y las muchachas de su ambiente. La calle, la pandilla, avivarían el aprendizaje en asuntos cardinales: la

sexualidad, la competitividad, la violencia... Tiempos de observar y descubrir, asombrado, el mundo de su entorno con la sensación de hallarse –según recordará– “en medio de una obra de teatro”, de la que desconocía el argumento y sin comprender el código que se le proponía, ni la vida ni la existencia.

Pronto ampliará su círculo territorial y humano. La mudanza cercana al nuevo domicilio familiar de Martínez Maldonado, los colegios “Las Mercedes” y “Los Olivos”, los institutos “Cánovas del Castillo” y “Sierra Bermeja”, y la Escuela de Turismo, donde concluye sus estudios en 1981. Y tiempo para el deporte, de práctica del atletismo, una etapa que forjó su voluntad y el esfuerzo de medirse contra sí mismo en la soledad de una carrera de fondo.

Y años de formación literaria. Desde los diez u once años, alentado por sus progenitores en un hogar muy respetuoso con la cultura y los libros, va nutriéndose de autores heterogéneos. El foco de sus intereses, desde el principio, se centra en Emilio Salgari, con sus seductores mundos exóticos y plagados de aventuras.

E iría incorporando clásicos antiguos y modernos, españoles o foráneos..., incluso Bécquer, el poeta romántico que al Soler dieciochoañero le llenó de literatura y de octanos –dirá él– en su empeño de llegar a una chica, Inmaculada, que, finalmente, le resultaría “un poco más turbia y turbulenta de lo que su nombre indicaba y [que] me despertó a la vida”.

Pero, de manera especial, Juan Marsé, y su *Últimas tardes con Teresa*. Recordará Soler que, cuando “era un escritor que no escribía”, soldado en la División Acorazada Brunete y escolta de un militar amenazado por ETA recorriendo las calles de Madrid, con un dedo en el gatillo del arma y un libro en el bolsillo del pantalón temblándole en la pierna, esta lectura determinaría su visión de la literatura. Significaba, en sus propias palabras, “la libertad, el soplo de brisa, la mano que empuja el ventanal contra el que hasta entonces uno ha venido forcejeando” y trazaba en su interior “el código secreto de lo que es una novela”.

A Marsé le siguieron otros escritores mediterráneos: Camus, Pavese, Bufalino, Vicent... y Rafael Pérez Estrada”, el “mago de la palabra”, el “funambulista literario” que, arrojado al “abismo de la creación”, contagia a los lectores el riesgo de su apuesta.

Luego, tantísimas lecturas: de Aldecoa a Muñoz Molina, de Faulkner y Onetti a Kenzaburo Oé, y un largo y perseverante etcétera, cuyas lecturas registra en un minucioso inventario desde los doce años hasta hoy.

Los progresivos descubrimientos de universos literarios y de su entorno

alimentaban su vocación, que fructifica a los 21 años, cuando, durante una convalecencia hospitalaria, redacta su primer relato breve, que Mari Carmen, su hermana, envía al País Vasco, y obtiene el segundo lugar en el Premio Ignacio Aldecoa 1979. A él seguirían otros relatos, con los que logrará los premios Jauja de Valladolid de 1983 y el Ignacio Aldecoa de 1987.

Entretanto, ha realizado dos salidas cruciales. En 1983, año del verano dedicado a Proust, su primer y ansiado viaje a París, la ciudad fascinante de un país al que regresará con frecuencia. Y en 1984, el primer viaje a Italia, cuya realidad estética se le revela como una realidad cierta que modela el mundo, y le disipa las dudas respecto a su dedicación literaria.

Entonces, a sus veintisiete años, encerrado en el hogar familiar, en un esfuerzo de soledad y superación, con ansiedad y una amplia llamada al orden apremiándole a una dedicación sólo «amateur» a la literatura, pero amparado por su familia –en particular por su madre–, Soler toma conciencia de su “modo de relacionarse con el mundo”, de su sentimiento de escritor. Un oficio que concibe como confesión y terapia, como “viaje al fondo de uno mismo” para ordenar la propia visión caótica del mundo y alumbrar, para comprenderlos, la cara oculta de los seres humanos. Así concluye una novela corta, *La noche*, que será galardonada con el Premio Ateneo-Ciudad de Valladolid 1986.

*La noche* supone ya una muestra granada de su universo personal, a contrapelo de la tendencia literaria del momento. Un mundo marginal, cargado de violencia y miseria, poblado de personajes extravagantes y desorientados que intentan huir de la noche, “ese túnel sin interrupción que marcha por encima de otra bóveda más oscura y silenciosa que es la muerte”.

Un sinvivir que sacude también a los personajes de los otros relatos recogidos en *Extranjeros en la noche*, de 1992. Escrutando las zonas abisales del ser humano, se nos muestra a quienes, desde la debilidad o el fango, se enfrentan a la verdad, el destino –ese “torpe y sordomudo dios al que casi todo le sale mal”– o las sañudas transgresiones de poderosos, mientras continúa impasible “el desquiciado griterío del mundo”. Afecciones inmisericordes que alcanzan a la adolescencia en dos impactantes historias: una, de violencia, afectividad perversa y vileza; otra, de crueldad infantil hacia el más desvalido, con el hogar familiar y la figura materna –entre los arriates del patio cuajados de margaritas– como la única memoria salvadora del paraíso perdido en la edad adulta.

Entretanto, Soler escribe y dirige, desde 1988 (y hasta el 2000), guiones para *Canal Sur*, entre ellos una amplísima serie de retratos biográficos. Y ha alcanzado en sus relatos breves la calidad de los mejores del género en nuestra literatura. Impulsado entonces por una necesidad expresiva de abordar mundos de mayor calado, construir una atmósfera y prolongarla, emprende la andadura como novelista.

Y en su primera novela, *Modelo de pasión*, Premio Andalucía de 1993, Soler explora un mundo de aflicciones y adicciones funestas, casi telúricas, emanadas, como en el conjunto de su obra, de la memoria que –involuntaria y porosa–, entre espejos y sombras, buceando a través de los recuerdos, hace brotar vivencias y fantasmas, suscitando la reflexión sobre el destino, el desengaño y el silencio.

Pulsiones y universo marginal asimismo caracterizadores de *Los héroes de la frontera*, de 1995, premios Andalucía de la Crítica de ese año y Arzobispo Juan de San Clemente de 1996, con un narrador en busca de su identidad, arcano sin respuesta a la acuciante pregunta (“¿Quién eres, Solé, quién eres?”) de Laura, fuego encendido, su malograda fruta de la felicidad.

Ambas novelas culminan la metafórica recreación del doloroso universo de la frontera –también de marginalidad interior–, en una realidad cruda y tierna a la vez, forjada con un estilo personal que concierta la aspereza deformadora del expresionismo y la delicadeza poética.

Pero la siguiente novela, *Las bailarinas muertas*, premios Herralde de 1996 y Nacional de la Crítica de 1997, supone un cambio en su narrativa. Novela de aprendizaje de un adolescente que desde la edad madura rememora la infancia perdida, “aquellos años tan desdichados en que fuimos tan felices”, en contrapunto con el oscuro mundo de los cabarés en Barcelona, que, a su vez, actúa de acicate mítico en la quimérica mente del joven. En realidad, asistimos al derrumbe de ambos mundos, proyectando el relato hacia una alegoría intemporal de la vida y de los seres humanos.

Soler regresará a la época iniciática de la personalidad en dos novelas. En 2003 es invitado a residir durante un trimestre en Villa Mont-Noir, la antigua casa familiar de Marguerite Yourcenar en el Norte francés y actual residencia para escritores europeos. Y redacta allí parte de *El camino de los Ingleses*, que recibirá el prestigioso Premio Nadal de 2004. En su mundo metafórico, la frontera es ahora el verano como linde entre la adolescencia o primera juventud y la edad adulta, un tiempo de formación y de clausura de identidades, con la definitiva pérdida de la inocencia y el tránsito a un futuro incierto, observado con la melancolía de “Estos ojos cansados que no entienden / por

qué se hundan las piedras en el agua”.

La novela será llevada al cine en 2005, bajo la dirección de Antonio Banderas y con guion adaptado por el propio novelista, que mereció la nominación a los premios Goya de 2006.

Y en *Una historia violenta*, de 2013, la mirada inocente de un niño asombrado se esfuerza en comprender el pequeño mundo de su entorno, gobernado por la violencia, la desigualdad social –frontera que marca los destinos personales– y, especialmente, la revelación de la vulnerabilidad definitiva de sus protectores, padres y familias, con la turbadora sensación de desamparo, que cuestionan el tópico de la infancia como época feliz e inocente e impulsan el relato como parábola que encierra un sentido simbólico de la vida.

Estas novelas consolidan un rasgo definitorio de la obra de Soler: la transmutación de un espacio extraído de la realidad concreta inmediata de Málaga – bautizado como “Territorio Soler”– en ámbito mítico, que Soler construye con escenarios asociados a su memoria, ignorando cualquier absurdo complejo provinciano (algún lector se le confesaría reacio a leer algunas de sus novelas porque “transcurrían en Eugenio Gross”, y allí, ¿qué podría ocurrir de trascendente?), más en afinidad con la autorizada consideración de Miguel Delibes de que “la universalidad del escritor debe conseguirse a través de un localismo sutilmente visto y estéticamente interpretado”, y acaso convencido, como Daniel Innerarity, de que “el mundo real es iluminado cuando se le proyecta sobre la ficción de la posibilidad”.

Alternando con el de la infancia y la adolescencia, Soler aborda en otras tres novelas, un segundo tema generador de una más amplia temática: la encrucijada de seres humanos sometidos a la experiencia traumática de la Guerra Civil y sus consecuencias.

Con *El nombre que ahora digo* obtiene el Premio Primavera de 1999 y una gran difusión comercial, al tiempo que adquieren regularidad las traducciones simultáneas de sus novelas a varios idiomas. Los avatares de unos personajes zarandeados por la Guerra Civil, deviene en metáfora de cualquier guerra, en símbolo de destrucción. Epopeya de los humildes, –esencial a toda novela, para Blasco Ibáñez–, nutrida de dignidad y lirismo, en la que el lado oscuro de la vida arroja al naufragio personal: “*He perdido mi patria*, dejó escrito Gustavo Sintora [...] Su patria fue una mujer, una mujer que tenía nombre y ojos de atardeceres”.

La misma mujer con la que tres décadas más tarde se reencontrará en *El*

*espiritista melancólico*, de 2001, publicada tras una prolongada estancia en el Dickinson College de Pensilvania como escritor en residencia en el año 2000. “*Sois mis hijos, mis queridos hijos. Vivís dentro de mí. Os llevaré a dondequiera que vaya*”, dice el lema de la obra. Memoria de dolores antiguos y presentes, entre policías y mafiosos de prostíbulos –viejos protagonistas de la guerra– en la cruda posguerra malagueña. Y fábula testimonial y crítica, de restitución moral de los perdedores, víctimas de la represión totalitaria.

Que en *El sueño del caimán*, de 2006, también atañe a los activistas del antifranquismo, perdedores en lo histórico-político y en lo más personal e íntimo. Historias de compromiso y fidelidades, cárcel y exilio, secuelas de amor, traiciones, fracasos y, al fondo, la soledad y la imposibilidad de olvido, que, desde el mismo título, alcanzan dimensión simbólica y cariz metafísico en la reflexión moral sobre la condición humana y el destino en un mundo percibido como “torrente lleno de estruendo y furia que debe seguir su curso”.

Novelas, al fin, donde Soler traza un vigoroso retrato de un tramo sombrío de nuestra historia contemporánea, y que vienen a reforzar aquella convicción de Baroja de que “unas cuantas obras literarias dan más la sensación de un país que unas cuantas obras de Historia”.

En las que además se sustancia el “Universo Soler”, amplísimo ámbito sentimental y moral por el que transitan y se trasvasan con protagonismo coral y vidas entrecruzadas unos personajes que trascienden el mundo real originario, por más que, según advierte Francisco Ayala para toda novela, puedan ostentar “los caracteres de la más comprobable identidad personal”. Porque, si bien un conocedor del paisaje y el paisanaje malagueños puede añadir un plus de placer a su lectura, no cabe, sin embargo, una lectura reductora y falaz, similar a la que me proponía un familiar muy próximo a uno de los protagonistas y vecino de mi adolescencia, cuando me advertía, persuasivo: “Antonio se equivoca”, recordándome las vinculaciones exactas de sus familiares, alteradas en la novela, y aún me descubría la curiosa evolución de esas relaciones en la actualidad.

Ese universo se ensancha, física y vivencialmente, en *Lausana*, de 2010, donde la novedosa voz femenina de una anciana evoca, durante un breve trayecto en tren, un pasado lastrado de infidelidades y frustraciones, con el telón de fondo de la Guerra Civil en su dolorosa cara de una tercera España, la del exilio republicano. Su debate interior lleno de dudas (“Quien recuerda, miente”, afirma Caballero Bonald; “Literatura es eso:

mentir bien la verdad”, asevera Onetti), deviene en amarga reflexión sobre las relaciones humanas y el paso del tiempo, pero también en comprensión de la fragilidad e inocencia del ser humano, en un proceso de autenticidad que lleva a la *epifanía* de la nueva mujer que “puede soportar la vida con un mínimo de equilibrio”.

En suma, el de Antonio Soler es un universo literario con identidad propia que en su globalidad conforma una sola y poliédrica obra, con magníficas entregas, de una amplia y compleja “realidad” ficcional, en una suerte de polifonía de temas y protagonismos abordados desde enfoques diversos y variaciones confluentes, que, más allá de la anecdótica inspiración biográfica y parcial, se proyecta hacia categorías o universales, en una constante exploración de la problemática condición humana.

Planteamientos esenciales que persisten incluso en sus dos novelas históricas. En *Boabdil. Un hombre contra el destino*, de 2012, descubrimos el aciago sino del último rey musulmán en España y la imposible amistad con su espíritu gemelo cristiano, el Gran Capitán, ambos respetuosos conocedores recíprocos de sus culturas, pero hombres de frontera impotentes ante los integristos y fanatismos de sus propios bandos, cuyas secuelas de intransigencias y extremismos entre culturas parecen no superadas en la época actual.

Y la recién salida de fragua, *Apóstoles y asesinos. Vida, fulgor y muerte del Noi del Sucre*, nos muestra a este personaje poliédrico, mítico y visionario anarcosindicalista, apóstol de una causa proletaria de justicia social pacifista, gobernada por la cultura y la razón, víctima de otra frontera, la de los violentos fuegos ideológicos y reales en la convulsa Barcelona de las primeras décadas del siglo XX. Siendo una formidable obra de rigor histórico, que cabría calificar de “episodio nacional contemporáneo”, Soler no renuncia a experimentar por caminos creativos, integrando géneros y fuentes, y dotándolos de savia artística a través de la creación de atmósferas, diálogo ágil, abundantes imágenes y metáforas y pasajes de prosa con intensos efectos poéticos que, en conjunto, le confieren su espíritu novelesco.

“Universo Soler”, en fin, instituido mediante una sólida arquitectura de voces y perspectivas variables que con gran virtualidad iluminan cada relato; el sabio manejo del orden y el ritmo temporal que potencia los hechos en sus expectativas o esclarecimientos; y la excelencia y dominio de un estilo de variados registros y constante evolución, abundante en ingredientes sensoriales, sobre todo el color y los olores, trascendentes en la captación del mundo por algunos personajes, y colmado de imágenes, asidero plástico que partiendo de una realidad vivida constituye para el autor

un impulso visual generador de su narrativa y dotan a los textos de un alto tono poético. En un lenguaje teñido, además, de un humor que oscila entre el descarnado sarcasmo y la tierna ironía cervantina, tan comprensiva de lo humano; y progresivamente depurado hasta alcanzar la prosa de alta “calidad de página” que singularizan los textos de Antonio Soler.

Literatura de buena ley, según corresponde al buen Caballero que es de la Orden del Finnegans, fundada en 2008 junto a otros escritores, socarrones caballeros de compromisos y preceptos burlescos, y devotos literarios que reivindican la obra de Joyce y veneran el *Ulises* festejando el *bloomsday* cada 16 de junio en Dublín.

Y calidades que sustentan asimismo el resto de su obra: decenas de relatos; una magnífica historia de *Málaga, paraíso perdido*; ensayos y reflexiones; conferencias, pregones, prólogos, guía turística; y colaboraciones en numerosas revistas literarias y periódicos nacionales, en particular el malagueño *Sur*, muestras inequívocas de su independencia intelectual y compromiso social y democrático.

Por todos estos valores y su consecuente prestigio, Antonio Soler:

- Ha impartido cursos y conferencias en numerosas universidades e instituciones culturales de Europa, Hispanoamérica, Estados Unidos y Canadá.
- Ha sido y es en la actualidad objeto de numerosos estudios y tesis doctorales en España y en el extranjero.
- Ha sido traducido a doce idiomas (entre ellos, el coreano, el árabe, el lituano, el croata y el turco).
- Ha recibido destacados reconocimientos de su tierra como:
- Hijo Predilecto de Málaga y Medalla de Oro de la Ciudad, concedidos en el año 2006 por el Ayuntamiento, que también ha dado el nombre de Escritor Antonio Soler a una avenida de nuestra ciudad.
- Medalla de Oro de la Provincia, otorgada por la Diputación de Málaga en 2008.
- Y ha colaborado con nuestra Universidad en cuantas ocasiones se le ha requerido, en un fructífero diálogo con los estudiantes en las aulas.

Hace un tiempo, Antonio Soler confesaba:

“Yo conocí a un hombre que dedicó su existencia entera a la fabulación y a los libros. [...] Rebelado contra las leyes que gobiernan el universo, ese hombre se dedicó durante años a inventar historias, a tratar cotidianamente con seres que no existían más que en su imaginación. Y en boca de esos seres con alma de tinta y papel, este hombre ponía



sus penas y desasosiegos, les inculcaba sus propios recuerdos y obsesiones, les daba vida. Creando vidas imaginarias, comprobó que en el sueño y en el recuerdo albergaba una verdad que al ser trasladada al papel o pronunciada con palabras bellamente pulidas forman una realidad tan sólida como la de los objetos materiales que adornan la superficie de la tierra. [...], él sabía que todo puede ser salvado, rescatado de la destrucción y el tiempo gracias a la palabra. [...] a la construcción de un mundo paralelo al de la realidad inmediata. [...]. Ese hombre [...] empeñó su vida entera en hablarnos de los sueños, en hablarnos de sí mismo, que al final no es sino hablar del hombre, de la humanidad entera. La historia de la literatura es la historia del sueño del hombre. [...] Y a través de ese trabajo lento y continuado, esa persona comprendió la razón y el destino de su vida que, a decir verdad, no sé si acabó o todavía continúa”.

Ese escritor continúa con vida esplendente entre el reconocimiento de los suyos y del mundo literario. Por ello y por todo lo expuesto, con la mayor consideración y encarecimiento, solicito, Sr. Rector Magnífico, le sea concedido a don Antonio Soler Marcos el supremo grado de Doctor Honoris Causa por la Universidad de Málaga.

HIPÓLITO ESTEBAN SOLER  
DEPARTAMENTO DE FILOLOGÍA ESPAÑOLA. FACULTAD DE FILOSOFÍA Y  
LETRAS